

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

PONERSE A PRUEBA

La discordia como simplificación

Si somos sinceros, tenemos que reconocer que muchas veces, al estudiar discordias pretéritas —guerras civiles, movimientos revolucionarios, períodos de opresión en que una fracción del cuerpo social sujeta, sofoca y veja al resto—, nos sentimos un poco confundidos. Quiero decir que no vemos claramente de qué se trata, que nos cuesta identificar a las facciones en lucha, que a menudo adscribimos una figura al bando contrario. Los enemigos irreconciliables, dominados por un odio sin límites, se parecen bastante. ¿Por qué se mataban, por qué se oprimían, por qué necesitaban eliminarse mutuamente o reducirse al silencio, por qué no podían sopor-tarse?

Sería interesante una investigación de las discordias «justificadas» de la historia; quiero decir justificadas como tales discordias, inevitables, necesarias, con un contenido efectivo y denso. Tengo la impresión de que serían muy pocas y presentarían una fisonomía original. Probablemente, además, parecerían en otro sentido justificadas por sus consecuencias, es decir, por haber tenido alguna fecundidad, mientras que lo característico de la discordia suele ser su esterilidad sin mitigación.

¿Por qué nos cuesta trabajo encontrar los «motivos» de las discordias pasadas o ajenas? Salvo los muy versados en historia inglesa, todos sentimos un poco de inseguridad sobre la guerra de las Dos Rosas, y tenemos que pensar un poco antes de atribuir la blanca a York y la roja a Lancaster, y en cuanto al «contenido» real de estas guerras, la perplejidad aumenta. ¿No nos parece Rosas, el fanático federalista, implacable enemigo de los unitarios, un enérgico impulso hacia la unidad de la Argentina? Y si pensamos en los Comuneros, en el espacio de nuestras vidas hemos asistido a tres interpretaciones enteramente distintas de ellos: la «liberal», que dominó el siglo XIX y llegó hasta nuestra primera juventud; la «reaccionaria», que se formuló hace cosa de cuarenta años, según la cual representaban el espíritu medieval frente a la modernidad, es decir el Imperio; la «social», que hoy los muestra como adelantados de los movimientos contemporáneos.

Añádase a esto que en tiempos de discordia son frecuentísimos los cambios de bando. Y esto no puede explicarse sólo por inmoralidad y oportunismo, sino también por la semejanza real de los enemigos, que se parecen demasiado. Y por eso los tráfugos no suelen ser los «tibios» y relativamente indiferentes, sino más bien los fanáticos y extremados.

Todo esto resulta bastante explicable si se piensa que la discordia consiste por lo pronto en una extrema «simplifi-

cación» de las cosas. La realidad es enormemente compleja, inagotablemente rica. Es a la vez «sencilla», porque la vida es unitaria, consiste precisamente en la unidad de esa complejidad casi infinita. Incluso desde el punto de vista biológico es así: cuando levanto una mano, desencadenado una serie de intrincadísimos procesos biológicos, en que intervienen innumerables elementos; pero lo que hago es sencillísimo: levantar la mano para que se detenga el autobús. Biográfica e históricamente ocurre lo mismo.

Pues bien, el espíritu de discordia sustituye la realidad por un esquema. Un poco después, por un símbolo, una etiqueta, un nombre. Es un centro de polarización y casi nada más. La mecanización, la inercia: empiezan a organizar la realidad social en esa disposición enfrentada y hostil, y ya está el proceso en marcha. Al cabo de algún tiempo, ya no hay quien lo pare.

Los que intervienen en la discordia, sobre todo los promotores de ella o los que de ella se han beneficiado, podrán intentar alcoholizarse con cualquier tipo de propaganda, pero en el fondo se sienten avergonzados. Cuando se lee lo que se ha dicho —y hecho— durante un período de discordia, uno se pregunta: ¿cómo ha sido posible? He estado leyendo hace poco muchos escritos sobre la guerra civil española. Con pocas excepciones, cuanto se decía era absurdo, intelectualmente vergonzoso: en la medida en que el espíritu de discordia se ha mantenido treinta y cuatro años más —por ambas partes, fuera y dentro—, la impresión es la misma. Todavía lo que se decía muy cerca de las trincheras, o en las ciudades bombardeadas, o en las prisiones, de alguna manera se explica, precisamente en la medida en que pensamos que no se podía tomar «en serio», que era resultado de una comprensible «alteración». Pero ¿y después? Y esto explica que tantos estén «cambiando de campo» «a posteriori», que sientan terrible aversión por lo que defendieron sin límites cuando estaba en la plenitud de los caracteres que hoy les parecen insoportables que muestren entusiasmo por lo que les parecía abominable.

¿Es esto normal? ¿Es justificable? ¿Es, por lo menos, inevitable? No lo creo. El apasionamiento, la injusticia, el error intelectual acechan a todos los hombres, y muy soberbio hay que ser para creerse libre de ellos; pero he vivido las mismas experiencias que los demás hombres de mi tiempo, y no recuerdo haber dejado nunca de ser «yo mismo», haber

estado enajenado y suplantado por un esquema abstracto, por un engendro del fanatismo.

El remedio más enérgico y eficaz contra el espíritu de discordia no es la blandura, la contemporización, el compromiso, el indiferentismo, los gatos pardos. Creo que se debe ser lo que se es, cuanto más plena y enérgicamente, mejor. El ecumenismo no consiste en que los católicos sean poco católicos y los protestantes malos protestantes, o en que unos y otros piensen que lo mismo da, sino en que unos y otros sean profundamente católicos o protestantes y lleguen a la raíz —más profunda y vivaz— de su común cristianismo, fundamento de su fraternidad. Las oposiciones políticas: sociales, económicas, ideológicas no deben borrarse ni disimularse, sino algo más fecundo: «ponerse a prueba». ¿Cómo? Enfrentándolas con la realidad.

Cuando se habla de las cosas, estas imponen una amplísima zona de coincidencia. Las opiniones más encontradas sobre una roca o un árbol tendrán que ser en buena parte convergentes. La realidad económica, la convivencia internacional, las opiniones y los sentimientos efectivos de una nación, las diferencias entre las regiones de un país y sus coherencias efectivas dentro de él, todo esto impone la evidencia de un torso de realidad incommovible, que puede verse de varias maneras, que tolera —y exige— diversas interpretaciones, sometidas a la norma unificante de lo que las cosas son.

Cuando se habla de las cosas, éstas imponen una amplísima rancia, las discrepancias, los desacuerdos, los conflictos. Cada fracción del cuerpo social tiene su derecho, su parte de razón, que no se le puede quitar. Pero no se le debe dar la que no tiene; y ninguna fracción tiene derecho a arrogarse la representación de la totalidad y descalificar a los discrepantes.

El que quiere poder ganar, debe estar dispuesto a perder. El que hace el ensayo de su propia versión de las cosas tiene que estar dispuesto a que los demás lo hagan también. Cuando un sistema se afirma «para siempre» y no admite ser sustituido por otro, es que ha sustituido la realidad por un esquema simplificado y abstracto, es que ha enronizado el espíritu de discordia. Y he dicho muchas veces —y volveré a decirlo— que, siendo tantas cosas respetables, la más respetable de todas es la realidad.

Julián MARIAS

TELARAÑAS DISCURSIVAS

«COMER, dormir, roncar como un sochantre...» Esto, aunque no lo parezca, es un verso de don Gustavo Adolfo Bécquer. Figura en alguna página de las «Rimas». No hará falta explicar cuál es su contexto, supongo. No tenga a mano el libro, y renuncio a fiarme de mi memoria para una cita más extensa. Pero el lector ya puede presumir hacia dónde iban los tiros del poeta. Bécquer fue un individuo frágil y sensible, con el cuerpo y el alma saturados de bacilos de Koch, sofador, notoriamente tético en sus especulaciones literarias. El endecasílabo transcrito, desde luego, forma parte de una invectiva o, si se quiere, de un esquema de repugnancias. La gente que cultiva la lírica suele profesar un odio o un desdén alarmante frente a lo que ellos llaman «materialismo». Quizá en la época romántica exageraron más la nota. Las torvas multitudes víctimas de la denuncia no nos limitamos a comer, a dormir, a roncar como un virtuoso de concierto: hacemos otras cosas, desde luego, que, si son tan poco sublimes como éstas, sería abusivo descartarlas con un simple papirotazo verbal. La palabra justa es «comodidad». Cuando uno saca las cuentas y advierte el grado de caricatura que hay en los improperios, queda claro el fondo de la cuestión. Siglos antes, alguien puso en juego otra broma ofensiva: «cerdos de la pira de Epicuro». Tuvo que ser, sin duda, un filósofo.

Pero los filósofos, exceptuando los casos graves de ascetismo, han sido más prudentes que los poetas. Y no ha de sorprendernos que, como dije, la crispación estallase con los románticos. Es, por otro lado, el momento en que el término «burgués» adquiere una connotación eminentemente injuriosa, al margen de la estricta lucha de clases. Los verificadores se anticiparon al proletariado en esta importante creación semántica. Ellos, por lo demás, procedían de familias burguesas, y de ahí que confeccionasen el dicterio, que erigiesen en dicterio la mera designación sociológica, como un arma útil para su revuelta doméstica. Las letras francesas disponen de un magnífico repertorio de datos acerca del particular: Stendhal, Balzac, Flaubert, Baudelaire, Rimbaud, Huysmans, Bretón. Para la plana mayor del XIX y para sus herederos del XX, el burgués era el «filisteo», en principio. ¿Qué otro tipo quiso dibujar el pobre Bécquer? Sólo que la

sociedad española de su tiempo distaba de tener una burguesía como la francesa. Marginado por su clase, el escritor burgués se «desclasa» a menudo, y en su ataque a la «burguesía» involucra a la «comodidad». Cierto que ni Stendhal, ni Balzac, ni Flaubert, renunciaron a disfrutar de las «comodidades» a su alcance; pero repudiaban la estolidez del comerciante, impermeable al Arte, con mayúscula...

Algo se hacía evidente, en medio del embrollo. Y es que, de momento, la «comodidad» iba ligada a la burguesía. La comodidad era cara: costaba dinero, y sólo se la podían permitir los ricos. Y así ocurría. Aunque tampoco conviene hacerse ilusiones. La ética económica de la burguesía prohibía, no ya los despilfarros —eso, aparte de la eventualidad de un manirroto, sólo era práctica de la aristocracia—, sino cualquier tentativa de estirar más el brazo que la manga. Desde el tipo de burgués definido por Sombart hasta el «senyor Esteve» de Rusiñol —que no fue un burgués, sino un tendero de barrio—, la idea primordial consistía en gastar menos de lo que se ganaba. Gracias a tan discreta precaución, combinada con otras habilidades que no son del caso, el burgués pudo seguir siendo burgués, y cada vez más. Vistos con la perspectiva que nos da la situación actual, los burgueses ochocentistas no dan la impresión de haber vivido con grandes comodidades. Más bien todo lo contrario: se privaron de algunas. Claramente, la comparación no ha de establecerse con el «modelo» de hoy: sería un anacronismo. Por consiguiente, la apreciación era válida: las ventajas del burgués —vestido, comida, habitación, entretenimiento, cultura— resultaban obvias.

¿Comodidad? Tal vez convenga hacer distinciones. La «comodidad» sólo ha sido posible desde hace cuatro días. Las diferencias entre pobres y ricos, antes, y siempre, supusieron importantes, decisivas diferencias en sus formas de vida. Pero la «comodidad» todavía no se había inventado. Invocar a Carlomagno sería ya hacer trampa; pero ni siquiera los reyes y los magnates del Renacimiento, ni siquiera los habitantes de Versalles lograron un mínimo de comodidad. Sus palacios eran inhóspitos; sus enfermedades, perversas; sus sillars, una tortura; sus calles, malolientes; sus diversiones, abruptas; sus transportes, macabros; sus frios y sus calores, espantosos. La humanidad, sin

exceptuar los sectores privilegiados, pasó las de San Amaro a lo largo de la historia. Los Plantagenet, los Capetos, los Absburgos de egregia aureola, y los Fúcars, y los Médicis, todas las dinastías del cetro o del dinero, vivieron en una «miseria» que hoy pondría la piel de gallina a los moradores de cualquier pisito lumpenmesocrático. No podía ser de otra manera. O sí, y no lo fue: habría que discutirlo. En todo caso, la «comodidad», tal como nosotros, sus pioneros, empezamos a entenderla —y es como se ha de entender—, aún no era posible.

Cuando Horacio recomendaba el «Carpe diem» y sus repetidores le hacían eco centurias después, y cuando el vecindario se entregaba a la gula o a la lujuria —Breughel, Rabalais—, el propósito se reducía a sacarle algún partido al cuerpo y a sus sentidos. Nada de ello tenía que ver con la «comodidad». La «comodidad» sólo ha podido implantarse como proyecto —o premisa— cuando la técnica y su industria, y los negocios que las manejan, han entrado en una etapa de fluidez expansiva. Que nadie se avergüence —¿habrá alguien capaz de ello?— ante la afirmación: la «comodidad» existe en el electrodoméstico, la clínica, el coche, las vacaciones pagadas, los botes de conservas, el libro de bolsillo, el avión, los muebles estudiadamente anatómicos, los barbitúricos, una bebida —alcohólica o no— oportuna... Hay «comodidades» que acaban siendo incómodas, no lo niego: el metro, la atmósfera contaminada por los benéficos motores de explosión, el timbre intempestivo del teléfono, la publicidad agobiante, las dietas higiénicas, la avalancha de basura de los inevitables envoltorios... Todos sabemos de qué va el asunto. En su fondo real y estriba la «comodidad». Puede que por ahí se encuentren algunos espíritus abnegados que...

No. No lo creo. Se acabó lo que se daba. Las actitudes de heroica displicencia han desaparecido, y rápidamente: como por ensalmo. La austeridad es una noción en decadencia. A lo sumo, tropezamos con episodios cuya ambigüedad misma les descalifica en cualquier hipótesis veleidosa de «abstención»: las ermitas de Lanza del Vasto tenían teléfono y botiquín; los hippies van de un lado a otro usando los trastos debidos —automóvil, barco o

avión—; los rigores penitenciales, los ayunos y las abstinencias, han sido notablemente atenuados por las Congregaciones Romanas; en el aspecto castrense, público o privado, la penetración de las máquinas y las fórmulas de laboratorio lo son todo; el honor sexual se retira ante la farmacopea y las discotecas... Por descontentado, la «comodidad» no ha dejado de ser cara, y en ello estamos. Los chistes acerca del pluriempleo de los maridos, el énfasis feminista de cara al trabajo, las compras a plazos, y tantas novedades más, se dirigen a la consecución de un pedacito u otro de «comodidad»: una lavadora eléctrica, una pausa en la playa, un utilitario para lo que convenga. A la «recherche» de la comodidad más o menos asequible se aplica la tenacidad asalariada del vecindario. Y es natural.

Lo que no es «natural» son las acusaciones y recusaciones que afligen a la inocencia de las muchedumbres. La repulsa viene del lado reaccionario: de los recelosos del maquinismo. A nivel teórico-santurrón, conecta con Tolstói, con Gandhi, con su híbrido Aldous Huxley, y con el resto de los sobrecogidos ante los avances de la tecnología. Los tebeos de Marcuse tienen una vena tolstoiana muy curiosa. Huxley no, pero Marcuse ya se aferró a lo de la «alienación»: Huxley no se detuvo en Marx. Una cantidad enorme de papagayos, últimamente, se ha dedicado a repartir anatemas de «alienación» a diestro y siniestro, en ciclostil, en discursos, en tratados de seiscientos páginas. La alegre sociología yanqui, fabricada por cate-dráticos anacoretas aunque bien pagados, lanzó la Incordiante suspicacia del «consumismo»... Afortunadamente para ellos, los hombres y las mujeres subalternas no se enteran de tales y tantas telarañas discursivas: van tras el televisor, el frigorífico, la ración de baños, la comida racional, la lectura afable o instructiva, la sala de estar apacible. Lo consiguen o no: eso es otro problema. Pero se empeñan en conseguirlo. Es su ocasión: la de tener para sí, como sea, por un rato o a medias, una ración de «comodidad»... «Te estás aburguesando», le dicen al amigo cuando el amigo en cuestión se «repantiga». Que a estas alturas se reciten estas idioteces baudelarianas, da pena, mucha pena...

Joan FUSTER



Modas Vendome

Gran liquidación por fin de temporada del 15 al 30 de Julio. Bikinis desde 100 ptas., Jerseys y camisas, desde 150 ptas., faldas desde 200, vestidos desde 500, chaquetas y abrigos desde 1.500, pantalones desde 300

Vía Augusta, 173 (esquina Santaló)

DOLOR - ARTROSIS

combatirá eficaz y cómodamente. Telf. B. 253-24-28, de 12 a 1 y 3 a 4. Daremos hora

VARICES FLEBITIS

combatirá eficaz y cómodamente. Telf. B. 253-24-26, de 12 a 1 y 3 a 4. Daremos hora

III Curso "Ataulfo Argenta"

Pedagogía Musical: Educación General Básica y Bachillerato. Castro Urdiales, 6-21 Agosto. Información: Comisaría Musical. (Teléfono 248-14-05)

¿NO VE VD. BIEN? COMPRE SUS GAFAS EN



CLARAMUNT PISO 6 GAFAS PERFECTA Y ECONOMICA

CLUB INTERNACIONAL DE AMIGOS

Apartado 1242 (V). Palma de Mallorca. Vd. puede obtener por sólo 20 pesetas al mes cualquiera de las siguientes cosas: Amigos-as en todo el mundo. Relaciones para contraer matrimonio. Aprendizaje y práctica idiomas Cultura general recreativa. Relaciones con filatélcos y numismáticos, e intercambio sellos, monedas, postales, revistas todo el mundo. Pida amplia información. Envíe 9 pesetas sellos